

arriba y teniendo presente que en realidad, casi no hay actividad que no tenga contacto con la agricultura, en un país que ha sido hasta hace poco esencialmente agrícola, y cuyas demás actividades, minera, industrial, comercial, etc., tienen también por muchos capítulos una relación estrecha con los productos agrícolas.

Por su acucioso trabajo y la abundante fuente de informaciones que el autor proporciona a quién quiera seguir ahondando cualquier tema agrícola, el señor Correa Vergara, que junto con ser un agricultor y un gran conocedor de estos problemas—ha sido Gerente de la Caja Agraria, Ministro de Estado, etc.—merece el agradecimiento del país y en especial de aquella masa esforzada de nuestros conciudadanos que se dedican a las pesadas labores agrícolas.—ALFREDO WOLNITZKY.

(Oficina de Información y Experimentación Agrícola de la Universidad de Concepción).



LA MARCA, por *Victoriano Lillo*.—(Ediciones Ercilla, 1938)

Conocíamos una novela de Victoriano Lillo que mostraba en su autor, dotes excelentes de narrador y descripciones de costumbres muy logradas. Ahora intenta el cuento en un volumen recientemente editado por Ercilla. No pertenece al género de los innovadores trascendentales y más bien parece perfeccionar la vieja tradición chilena de los escritores que pintan el campo y la clase media dentro de un honrado realismo. Lillo, en ciertos relatos, da la sensación de un artista de comienzos de este siglo, sin que esto envuelva un reproche, sino una indicación de su raíz naturalista.

Enriquece, no obstante, el campo de nuestro cuento por su exactitud y por la tragedia que envuelven sus personajes,

hijos del dolor y de la realidad cruda. Es preciso en sus observaciones, proporcionado en las frases y prolijo en la interpretación psicológica de tipos muy chilenos. No cae en la vulgaridad y no se extravía en las frondosidades de la retórica.

Por todo esto lo consideramos un escritor vinculado directamente a los mejores cuentistas de nuestra literatura: a Santiván, Thompson, Lillo y Latorre. Se ha dicho en su elogio que describe un campo con tragedia, al revés de otros artistas que son insensibles ante el sufrimiento del medio rural. Esto nos parece un poco arbitrario. La tragedia del campo es sorda y no tiene aquí el aliento épico de otras tierras, como la mejicana o ecuatoriana.

El mérito de Lillo estriba en su concepción poco idílica del campo y en el vigor con que traza el carácter de sus protagonistas. El primer cuento o novela larga titulado *La marca*, que envuelve el nombre de su libro, es un viejo asunto chileno: la moza seducida por el señorito; pero en este caso hay una venganza violenta, como corolario de lo que en otras novelas no tiene más resultado que un fatalismo resignado. El dramatismo del relato indica que Lillo es excelente en ciertas escenas rápidas y bien conseguidas de técnica.

Sabe administrar la emoción y graduar bien los acontecimientos sin conducirlos a la truculencia. Esto lo han confundido ciertos críticos con la intención social que no advertimos aquí con más intensidad que en otros narradores. Pero lo interesante de Lillo es que sus creaciones se desenvuelven con naturalidad, sin artificio, como el rodar mismo de la vida. Casi todos sus tipos son triturados por el determinismo económico, como el pampino que muere de hambre en *De cara al cielo*; por el desenlace tremendo que abrumba a los amores de don Luis y de Rosa en *La marca*; por la fatalidad que gravita sobre *La Rucia Rajadiablos* en el magnífico cuento *La caída* y por la pobreza general que ahoga a casi todos sus protagonistas.

En este sentido, Lillo es un seguro y recio escritor que mete

su pluma en nuestra realidad cotidiana, enfrentándose con la miseria de las casas de pensión, con la sordidez de tipos mediocres y viciosos, de mujeres sensuales e instintivas, de viejos derrotados que viven de los recuerdos, de arribistas como Duarte y Marta, personajes del cuento *El primo de las Ortúzar* que es uno de los más interesantes del volumen.

Casi todos los cuentos tienen por escenario a Valparaíso o sus alrededores. Al revés del dinamismo de ciertos tipos porteños los que ha escogido Lillo son medrosos y sombríos ejemplares de una fauna derrotada, como el admirable Valenzuela, el matrimonio de *A medianoche*, relato de un fracaso conyugal y los pensionistas de *La vida humilde*.

En este libro lo que podemos percibir de intenso se atenúa con cierta reiteración de escenas y de hombres que ya habíamos conocido en las novelas y cuentos de comienzos del siglo.

Sin embargo, el conjunto de *La marca* exhibe calidad y dominio maduro del estilo que se muestra, en Lillo, muy expresivo. Lillo se complace en la pintura de caracteres y permanece fiel a esta tendencia de su espíritu. En tal sentido es muy superior a otros cuentistas de mayor objetividad. Le atraen más, al parecer, las pasiones y emociones de los seres que el espectáculo y movimiento colectivo. Por esto consideramos extraña la clasificación de novelista social y de masas que le dió un crítico.

Para nosotros, Lillo representa un continuador honrado y potente de la buena tradición novelística chilena. Sin querer encasillarlo en una clasificación absoluta, más bien lo hallamos un pariente tardío, surgido con cierta madurez de estilo y de fuerza creadora, de los naturalistas como Baldomero Lillo y el primitivo Augusto Thompson. Enriquece la geografía literaria nacional con una pintura meritoria de nuestra clase media porteña, con su sordidez y sus instintos, con sus arribismos y sus dolores. Pero da también una luz nueva sobre aspectos del campo, como en *La marca*, firme tragedia rural que



amplía el marco de la novela autóctona sin el exagerado localismo de ciertos discípulos de Mariano Latorre.

Como signo de naturalismo percibimos en Lillo el determinismo que mueve a sus creaciones, la lógica implacable que el medio económico y social hace caer sobre la humildad o indefensión de empleados, obreros o sirvientes domésticos e inquilinas. Cae Rosa seducida por don Luis, cae la Rucia Rajadiablos ante la agresión bestial de don Florindo, termina trágicamente Ester en *La vida humilde* y es vencido por el dinero y el arribismo de Duarte el pobre Orrego, amante de Marta, la protagonista de *El primo de las Ortúzar*. En estas vidas, hay como un superior impulso trágico que las abrumba y las oprime. El escritor ha sido fiel a su temperamento y a la visión hosca de la existencia en que rige la ley del más fuerte. Pero su sentido de la humanidad y el dolor, la crítica que envuelve la mala estructura social, dejan a Lillo muy lejos de los conformistas y de los que escriben con lentes de optimismo.

La incorporación de Lillo al cuento chileno hace concebir las mejores esperanzas de su poderoso realismo y de su honradez descriptiva. Es de los escritores que emocionan y que deleitan.



BALDOMERA, Novela, por *Alfredo Pareja Diez-Canseco*.—(Ediciones Ercilla, 1938).

Dentro del panorama novelesco hispanoamericano, como ya lo hemos observado en estas y otras columnas, la novela actual del Ecuador y, sobre todo, la novela de Guayaquil y del Guayas, revienta, como una explosión de vida y de instintos, y deja muy atrás el medio idílico en que nació la literatura narrativa de ese país. Entre estos escritores, Alfredo Pareja Diez-Canseco, autor de *Río arriba*, *El muelle* y *La Beldaca*, exalta una rotunda personalidad que ha conquistado fácilmente la celebridad y el éxito.